

pero ni aun los cuerpos des-  
en el hospital serán sufi-  
r con el mayor realismo esos

az de pintarnos una de estas  
rio valernos del cine sonoro,  
itos y lamentos; las sacudidas  
fuerzas de las víctimas que  
n pie, después de un choque;  
upor al ver los miembros des-  
spectáculo que ofrece el cuerpo  
uesos triturados; la insistente  
histérica que grita, cegada por  
por sus mejillas.

idarios consistirán en huesos  
por entre la carne; superficies  
que sangran, donde la ropa y  
s simultáneamente.

difícil del camino pudieran ex-  
cía, los espectros de una ca-  
los, el espectáculo accidental  
pos ensangrentados, inmóviles,  
s, tirados sobre la yerba, qui-  
de escarmiento.

igilante de tránsito detuvo en  
tomovilista, por exceso de ve-  
que alegó al representan'e de  
lo dejó marchar, para no amar-  
familia; pero le advirtió que,  
ría mucho tiempo. Cincuenta  
el lugar de este incidente, se  
tomóvil convertido en un mon-  
os, con todos sus ocupantes  
ción del coche sólo pudo ha-  
o de la carrocería. Tal escena

hubiera causado espanto aun a personas de mucha  
entereza.

Quizá nuestros lectores experimenten una sensa-  
ción desagradable, al leer estas líneas; pero aquellos  
que crean tener la serenidad necesaria para correr  
exponiendo su vida y la de los demás, también de-  
berán tenerla para seguir leyendo; a quienes no ha-  
yan escarmentado ante un hecho real, podrá servir-  
les de algo esta macabra lectura.

Como un gato, es traicionero el automóvil. Cuesta  
trabajo comprender que es uno de los proyectiles  
más mortíferos que existen. Un coche moderno puede  
correr a más de 100 kilómetros por hora—unos 30  
metros por segundo—; velocidad que basta para po-  
ner una injustificada responsabilidad en los frenos del  
vehículo y en los reflejos humanos. Instantáneamente  
se convierte en un monstruo.

Cada variedad de accidente: colisión, volcadura  
o caída de costado, ocasiona una detención brusca,  
fatal para la dirección del volante, que se quiebra,  
y fatal, también, porque hace añicos al carruaje. Sus  
ocupantes se ven lanzados en la dirección inicial y  
a la velocidad que llevaban; cada superficie y cada  
ángulo del interior del vehículo se convierten enton-  
ces, en proyectiles que golpean, rasgan y destrozan  
directamente el cuerpo humano. No hay manera de  
contrarrestar las imperativas leyes de la física.

En un choque automovilístico puede suceder cual-  
quier cosa, inclusive esas salvaciones milagrosas de  
las que se oye hablar de vez en cuando. Algunos  
salieron con ligeras rozaduras, a través de los cris-  
tales de un auto; pero no por eso dejaron de estar  
en peligro de muerte.

Recientemente la autoridad abrió la portezuela  
de un coche que había rodado por un precipicio, y